



CELEBRIDADES



F. Pito

10 céntimos

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª puerta.

GRACIA (BARCELONA)

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Rosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia [Barcelona]

En la redacción



ENTRA un hombre de cierta edad, regularmente vestido y que es legítimo poseedor de una mirada cancherosa.

—¿Está el señor director?

—No; pero es lo mismo ¿Qué se le ofrecía á usted?

—Nada, que traigo una carta de recomendación para él, de Lucas Pérez.

—¿Lucas Pérez? Muy señor mío ¿Y quién es Lucas Pérez?

—Un corresponsal que tienen ustedes en Villavientre de Abajo... Aquel que escribe las célebres cartas sobre el caciquismo enervante.

—¡Ah! ¡sí!—decimos nosotros por decir algo, porque no tenemos la menor noticia, ó no nos acordamos de Lucas Pérez ni de su caciquismo enervante.

—Traigo una carta de recomendación—prosigue nuestro interlocutor—para el director.

—Entonces vuelva usted más tarde.

—Bueno; volveré. Pero quiero enterarle á usted de mis asuntos, porque tiene usted la cara de ser una excelente persona.

—Muchas gracias ¡pero si viera usted el trabajo que tengo que hacer ahora!

—No le hace; ya lo hará usted más tarde. Pues sí, Lucas Pérez es quien me envía; es un antiguo amigo de la casa y estuvo asociado con mi padre. Entre los dos montaron una fabrica de tirantes que no dió resultado.

—¡Cuánto lo siento!

—Esto pasaba en Chamucin, de donde eran ambos naturales. Como no daba, Lucas Pérez se metió á hacer relojes...

—¿Era relojero?

—No; quiero decir que se dedicó á robar

relojes, cosa que mi padre le vituperó muchísimo.

—Hizo bien.

Esto se traslució en el pueblo y Lucas Pérez tuvo que emigrar á Villavientre de Abajo... Mientras tanto doña Nicanora...

—¿Y quién es doña Nicanora?

—La esposa de Lucas. Mientras tanto esta señora se nos metió en casa y tuvimos que mantenerla. Así mismo mi padre había dejado dos mil pesetas á Lucas para que pudiese emigrar del pueblo.

—¡Sentimientos cristianos y caritativos!

—Pero hay más: Lucas Pérez se llevó consigo á una tía y á dos sobrinas con las que estaba liado...

—¡Un Soliman entonces!

—Y nos dejó á nosotros la carga de su esposa. Nosotros dijimos á esta lo que pasaba con ánimo de quitarnosla de encima...

—¿De encima?

—Es un decir... y la despedimos para Villavientre. Llegar doña Nicanora y armarse una culebra, todo fué uno. Por fin triunfó la moral y Lucas Pérez despidió á la tía y á las sobrinas.

—Era natural.

—Pasaron los años, mi padre murió arruinado, mi madre se 'chifló, una hermana que tenía se metió á ama, y yo me decidí á ir á Villavientre á cobrar las dos mil pesetas, y á que Lucas me diera una colocación.

—Bien discurrido.

—Pero ahora resulta que Lucas está á la cuarta pregunta porque le han echado del Ayuntamiento por comerse las obleas; que doña Nicanora me llena de improperios, y que yo no tengo paciencia para soportar tanta miseria.

—Situación crítica es la de usted, apreciable caballero.

—En vista de ello, Lucas Pérez me ha dado una carta de recomendación para que el director de este periódico, del cual él es corresponsal, me coloque en cualquier parte.

—¿Y es eso lo que dice la carta que usted trae?

—Eso mismo. Se me recomienda para una colocación.

—¿Y dónde quiere usted que le coloquemos?

—En cualquier parte... en el Municipio... en la Diputación... en una administración... en el mismo periódico si es preciso.

—¿Y qué sabe usted hacer? ¿qué carrera tiene?

—Carrera ninguna, y hacer, solo sé hacer obras de ebanistería, y además le arreglo á usted unos tirantes en un dos por tres.

—Muchas gracias. Ahora debo decirle una cosa: ni el director, ni yo, ni el niño de la bola que bajase del cielo podríamos darle una colocación.

—¿Y por qué?

—Sencillamente porque es usted un bruto.

Al oír esta injuria dicha á boca de jarro, nuestro interlocutor se levanta furioso, aprieta los puños, encandila los ojos y no parece sino que nos va á pulverizar.

Por fin se va, dando un portazo y sin despedirse siquiera.

Respiramos con satisfacción y continuamos nuestro interrumpido trabajo esperando vernos para siempre libres de semejante tipo.

Pero no es así. Cuando volvemos por la tarde á la redacción, le vemos cantado la misma cantata á otro redactor, en espera de la llegada del director del periódico.

Y de esta clase de chinchos se ven asediados á diario los periódicos de más circulación de Barcelona.

DANIEL ORTIZ.

De la sombrerería

—Buenas tardes, caballero.

—Muy buenas; supongo que viene V. por un sombrero.

—Sí, por eso vengo, pero... ¿cómo lo conoce usted?

—Pues, hombre, naturalmente, como esto es sombrerería supongo yo que la gente no vendrá por aguardiente ú otra cualquier tontería.

—¡Calla! es verdad; ya se vé, vengo de fuera...—Conque

¿quiere V. un sombrero?—Sí.

—¿Y es para V.?—¿Para mí?

—¡Quite usted, hombre, quite usted!

—¿Pero es que V. no repara que yo no tengo la cara de haber llevado sombrero?

—Sí, ya lo he notado, pero no sería cosa rara.

Y entónces ¿para quién es?

—Para este hijo mío, Andrés, que el oficio se ha dejado y está estudiando hace un mes la carrera de abogado.

Es un pillo, es un bergante que en su oficio iba muy mal y ahora en estudios... vá igual. Nada, que más adelante le meteré á concejal.

—Tenga V.,...—¿Cómo! ¿Y le ha hablado de usted á este condenado?

—Sí en el pueblo yo y su madre y todo Dios le ha tratado

como á un burro!—¡Gracias, padre!

—Sombreros, fábrica *Gras*;

este hace muy elegante y ese es fuerte por demás...

—No... ¡si con uno hay bastante!

—¿para que saca V. más?

—No se canse, caballero.

—¿Cuántas cabezas tiene él?

—¿Una? ¡Pues venga un sombrero!

—¡Ah! Le advierto que lo quiero de piel... de muy buena piel.

Deme uno fino, es decir, uno fuerte.—Yo creía que V. mismo elegiría

—¡Ah! ¿que se puede elegir?

Mire V. no lo sabía.

A ver si este es fuerte, á ver...

—¡Por Dios, por Dios, señor mío!

—¡Hombre que lo vá á romper!

—¡Vaya un modo de escoger!

—¡Que bárbaro es este tío!

—Si que es fuertecito, si, como me gustan á mí.

—¡Ya tienes sombrero Andrés!

Y diga V. ¿para qué es este agujero de aquí?

—Pues para respirar...—¡Mira

que bromista es el señor!

—Por supuesto que es mentira.

—Digo que por ahí respira

la cabeza.—Por favor,

no diga V. tal simpleza!

O V. es un infeliz

ó abusa de mi franqueza.

—¿Que V. tiene la nariz

encima de la cabeza?

Fuera bromas, caballero,

y á ver si me satisface

el precio de este sombrero

pues me quedo con él.—Pero

¿sin probarlo?—¡No le haga!

—Debe venirle ancho.—¿Y qué?

Si es ancho le meteré

dentro del forro un diario

como lo hace el boticario...

en fin, yo lo arreglaré.

Diga V. el precio, pues quiero

comprarle á V. este sombrero.

—Vale diez pesetas.—¿Diez?

—¿Ya viene V. otra vez

LA GUASA
LOS HUÉSPEDES, *por Cilla.*



—Doña Melitona, la merluza de hoy estaba podrida.
—Y se queja V. cuando se la he dado como recuerdo histórico, pues la trajo el mismo Colón cuando aquello del descubrimiento.

LA GUASA
LOS MARIDOS, por *Figuer*.



Mi esposa me ha dicho que me saliese de la cama porque olía á aguardiente....
¡Y el caso tiene que ver, porque después del *anís del Mono* he tomado dos copitas de Marrasquino!...



¿Qué teneis hambre? ¡Claro; en algo os teniais que parecer á vuestro padre!



¿Por qué me dirá la gente que á mí sentaría bien un cancerro?

con bromitas, caballero?
 —Yo soy justo en el pedir.
 —Tal precio hace presumir
 que eso es broma... con franqueza...
 ¡Igual que la de decir
 que respire la cabeza!
 ¿Qué? ¿me lo dá por seis reales?
 —(¡A este tío le reviento!)
*El peor mal de los males
 es tratar con animales
 conque aplíquese usted el cuento*

—Con eso quiere decir
 que V. no lo puede dar.
 —Justo.—Entonces me habré de ir.
 —Si, se puede V. marchar
 sin comprarlo y puede ahorrar
 dos duros.—Es mi deseo.
 —¡Diez pesetitas se ahorra!
 Vámonos, Andrés, pues creo
 que irás con gorra á paseo.
 —Si, y á otras partes... *de gorra:*

ANTONIO SERRA.

Un Tourista



ON Pantaleón Bortala, es el *tourista* más audaz y más geógrafo que existe en la Villa del Oso y del perro.

Nadie, como él, e scapaz de realizar empresas gigantesco-terro-rífico-espeluznantes.

Por lo menos, así lo dice.

¡Es mucho hombre don Pantaleón!

La geografía... la *tiene* al dedillo.

Sabe que Alcalá, está rayando con Avila, y ésta con Benacazón; que Añover, está en la provincia de Lugo; Zaratán en la de Toledo; Orepeza, en Pontevedra; Gomez-Narro, en Valencia, etc. etc.

Dice que no ha estudiado, pero, la costumbre de viajar, le ha dado gran conocimiento de la topografía de España.

Apesar de la manía que tiene de hablar del pueblo A, ó del pueblo B, es un buen hombre... aunque feo.

En cuanto ve á un pobre, se acerca á él y «Perdone hermano» le dice, sabe donde hay un enfermo y allí se encamina para llevarle consuelos, ponderándole las aguas de tal ó cual punto, y no puede mirar á Cos-Gayón, sin que se le salten las lágrimas.

Su punto de reunión es, como el del célebre personaje de Daudet, una botica; solo que Tartarin, lo hacía en la de Beruquet, única del popular Tarascón, y este *continuator* del excursionista á los Alpes, hace su tertulia en la farmacia de don Roque Ronquillo, la menos importante de Madrid.

Mientras don Pantaleón, falta de la casa, tan necesario se ha hecho, que no hay quién de *pié con bola*; allí no despachan las recetas como es debido, ni se atreve á extirparse los callos el dueño (de los unos y de la otra) ni ponen las velas ante el retrato de Fabié, patrón de los farmacéuticos.

Todo es tristeza, y... esperar la llegada del *tourista*, como ellos le llaman.

Pero cuando entra tarareando la *Canción de la Lola*, á la cual llama *Marcha turca*, todo se alegra, el *oficial*, los *ayudantes* y... los pomos de la belladona.

Aquellos buenos boticarios (digo buenos en el sentido de cándidos, no de inteligentes) se extasian oyendo al *tourista*. Y es porque ninguno de ellos sabe á que lado cae Pinto, ni que Barcelona es *puerto de mar*.

Con todos estos datos y con añadir que me honra con su amistad,—aunque me esté mal el decirlo,—paso á narrar un hecho que me ocurrió el año pasado y del cual es protagonista don Pantaleón.

Había enfermado mi suegra, de una atracción de castañas asadas, y tuve que ir á casa de don Roque, por una medicina. Abro la puerta y me encuentro con don Pantaleón, que, al verme, exclama:

—¡Otro!... ¡Otro!... ¡Este es de los nuestros!... Ya somos cuatro!

—¿También Vds. tienen enfermos,—pregunté.

—No, hombre, no. Estamos proyectando una excursión al *Monasterio de Piedra*.

Hay muchos hombres que, debido (y pagado) á sus muchas ocupaciones, ignoran que haya más *Monasterio* que el del *Esco-ri-ri-ri*, ni más poeta que Carulla. Yo era uno de estos; así es, que tomé el primer *Monasterio* por el segundo y deseoso de echar una cana al aire (miento: entonces no tenía canas... ni ahora tampoco) pregunté:

—¿Cuándo es la marcha?

—El domingo, 24.

—¿Excursionistas...?

—Don Roque, Bárbaro (primer *ayudante*), V. yo,—me indicó el director.

—Corriente: cuenten Vds. con mi concurso, caso de que se mejore la enferma.

¡No curar mi suegra! ¡Sería demasiada felicidad vivir libre de sus sermones y de sus puñetazos! Curó antes de la fecha señalada; y no fueron matracas las que me dieron ella, y el director de la gira al *Monasterio de Piedra*.

—¡Hacer un viaje!—decía la primera.—Más valdría que compusiera V. el pié de la

tinaja que está roto.

—El domingo 24; ya sabe V., Lopez, á las 6 parte el tren,—eran las únicas frases que lanzaba el segundo.

—El día anunciado, á las 5 de la mañana, salí de mi casa, con un aire que *cortaba* las orejas. Un grueso bastón y un también grueso lío de viandas, me acompañaban.

—¡Hombre de Dios, venga V. con más calma!...—exclamó don Pantaleón.—Cómo se conoce que no ha viajado V.!

—No, señor,—le contesté.—No he salido de Madrid.

—Vamos, vamos,—continuó el *tourista*,—á escape, un coche.

Tomamos uno y con tal precipitación subimos á él, que Bárbaro, se sentó encima de la bota que había dejado su amo y jefe, la cual, al recibir el peso bárbaro del otro, lanzó un *¡paf!* y nos inundó de Valdepeñas adulterado; en la confusión se me escapó el lío al suelo y le reveutó una rueda, y á don Roque, que tomó asiento en la banqueta, le arreó un estacazo en la cabeza, por equivocación, según dijo, el auriga.

Nada más que con estas peripecias, llegamos á la estación. Ya en ella, don Pantaleón, que no llevaba merienda, descendió el primero y se acercó al despacho de billetes

donde pidió cuatro para el *Monasterio de Piedra*.

—Caballero, viene V. equivocado.

—¡Cómo es eso!... ¡Grosero! ¿No es esta la estación del Norte?

—Sí señor.

—Pues entonces ¿cómo dice V. que vengo equivocado? ¡animal! ¡querrá V. enseñarme á mi geografía.

—No, los puños es lo que le voy á enseñar,—dijo el empleado al tiempo que se los arrojaba á la nariz.—Compre V. la *Guía* y sabrá dónde está el *Monasterio de Piedra*. Y para que aprenda á tratar con personas, tome,—y sin que pudiéramos evitarlo dió un fuerte puñetazo sobre aquellas narices ilustres.

¡No fué mala *Guía*, la que compramos!...

El *tourista*, rebajado en su dignidad, cayó al suelo (no estoy seguro si fué por esto ó por el puñetazo), y en su caída tropezó con un cántaro de leche, de las *Navas*, el cual hizo trizas.

Descalabrado y con la cara entre lechosa y sangrienta, le llevamos á su casa, donde nos dijeron que era la primera vez que salía de viaje.

ESTANISLAO MAESTRE

Cura radical

—Señor doctor, por favor, Inspeccione bien mi mal
Y diga claro que tal
Le parece á V., doctor.
—¿A ver la lengua?... Amarilla.
Tal vez sea un *gastritis*
—¿Cómo, qué me ha dicho en *itis*?
—Que está V... (tonta chiquilla)
Y el pulso ¿qué tal está?...
¡Caramba!... ¿Qué ocurre?—Nada,
Que está V. algo agitada
Más esto, le pasará.
—Tiene usted inapetencia
—Apenas pruebo alimento
(¿y que no vea que miento
este doctor con su ciencia!)
—Sentirá V. escalofríos...
—Escalofríos, eso es.
—Y ¿que siente V. después?
—Los... lábios bastante fríos.
(Habré dicho un disparate)
(Ó yo sé ciencia bien poca
Ó esta chiquilla está loca,
pero loca de remate)
¿Tiene V. localizado
En las cejas el dolor?
—En las cejas, si, señor,
Siento un dolor muy... pesado,
Un dolor que *hace sufrir*,

Ya sordo, ya penetrante...
—(O tiene esta chica amante
Ó no sé lo que decir)
Conozco la enfermedad
Y allá vá su tratamiento.
Por la mañana, alimento
En bastante cantidad,
Después de comer, un té,
Le sería provechoso,
Y después, un espumoso...
—Y luego... ¿qué tomo, qué?
—Puede tomar chocolate
Si le gusta—Sí, señor,
Me gusta mucho, doctor...
(Oír tanto disparate)
—Conviene que su aposento
Esté cerca del jardín
—(Acertó, acertó por fin
¡Vaya un hombre de talento!)
—Allí vivirá solita
Sin percibir ningún ruido
¿Está?... —Doctor comprendido,
(¡Oh! qué idea más bonita.
Lo que yo tanto deseaba
No tener ni un visitante,
Si oyese al doctor, mi amante,
De seguro le abrazaba.
Y podré hablar largamente
Con mi querido Estremera;

LA GUASA
BELLAS ARTES



¡Caramba, de esta manera
Me curo radicalmente!
—Y nada más por ahora.
Aliviarse del dolor.
—Hasta mañana, doctor,
Recuerdos á su señora.

Unos meses han pasado
Y ya no siente dolor;
Por eso firma el doctor

Que su ciencia le ha curado.
En cambio, asegura Lola
Y asegura muy formal
Que se curó de su mal
Con una visita sola,
Y yo afirmo que el dolor
De aquella jóven bonita
Lo curó, sí, una visita.....
¡Más no fué la del doctor!...

JOSÉ FANDOS LÓPEZ.

¡El arte!

¡Pobrecillo!

No se me olvidará mientras viva.

Comenzó todas las carreras, llevando en todas, un desengaño compuesto de varios suspensos.

También emprendió todos los oficios compatibles con su dignidad según el decía pero en el de sastre tuvo la desgracia de poner á una levita, por mangas, los perniles de un pantalón; en el de cajista armó tal revolución al distribuir, con las cursivas redondas... versales y versalitas, que, el dueño del taller tuvo que suspender durante una semana un trabajo de compromiso.

Antolin se convenció que no servía para nada y quizás por esto juzgó que el arte le llamaba y se metió á actor de la clase de aficionados.

La noche de su debut fué un acontecimiento.

Debía presentarse por primera vez al público desempeñando el papel de Comendador en el drama D. Juan Tenorio que se ponía en escena por una compañía de aficionados, á beneficio de una jóven desgraciada que á su vez desempeñaba el papel de D.^a Inés en estatua, esto es la D.^a Inés que aparece en calidad de mármol sobre el sepulcro, y con cuya D.^a Inés ó joven desgraciada, Antolin venía sosteniendo relaciones hacia ya algún tiempo.

Antolin salvo algunos defectos de pronunciación, salvo comerse una regular ración de redondillas, salvo querer salir por un balcón y otras pequeñeces ejecutó su papel sin novedad durante la primera parte del drama, pero llegó la segunda, esto es la escena del cementerio.

Mi heroe todo enharinado se presentó inmóvil en escena sobre un pedestal.

D.^a Inés, la jóven desgraciada ó la Julia, que tal era su nombre, también estaba en el suyo con su traje mongil é igualmente con medio kilo de blanquete en el rostro.

El que desempeñaba el papel de D. Juan era un escribiente de una Notaría bastante

simpático y con fama de ser un trasunto del personaje que representaba.

Antolin que había observado durante los ensayos, que el escribiente se mostraba bastante sensible á los encantos de Julia, desde que empezó la primera escena del cementerio, no quitaba ojo de su adorada.

El D. Juan, comenzó su monólogo al pie de la estatua de D.^a Inés y aunque repitió solo fielmente las amorosas quintillas del original á Antolin le llevaban los diablos porque al traves de la máscara de blanquete de su amada, veía en el rostro de ella ciertas señales de rubor y sobre todo que aquella faz que figuraba ser de piedra se animaba con cariñosa sonrisa.

Y en efecto no se equivocaba. Antolin, los ojos de la linda estatua demostraban que la que los poseía solo debía ser de piedra en la escena.

Al fin llegó aquella en que el Comendador trata de llevarse á D. Juan al infierno, y en que á su vez doña Ines debe impedirlo.

El escribiente aprovechó la ocasión en que D.^a Inés la cogía de la mano para deslizarse una sortija en la de ella, pero no con tanto disimulo que el Comendador no se apercibiera.

Aquí fué Troya. Antolin que en punto á fuerzas podía competir con cualquier mozo de cordel, al decir

«conmigo al infierno ven»

lo arrastro consigo y D. Juan á la vez á D.^a Inés, llevándoselos, no al infierno, sino entre bastidores, en medio de las protestas gritos y silbidos del auditorio. Pocos minutos después Antolin salió á la escena.

El tumulto cesó.

Entonces el jóven avanzando al proscenio dijo con voz algo alterada.

—Respetable público la función no puede continuar por que acabo de darle una paliza á D. Juan que me quería quitar la novia.

Estalló una carcajada general y varias voces gritaban «¡Que se repita!»

No sabemos si Antolin la repetiría, pero si que desde aquel día renunció al arte y á las mugeres que á él se dedican.

ANTONIO R. LOPEZ DEL ARCO.

Conspiración de estatuas

Con el secreto debido
hago esta revelación,
que la otra noche he tenido,
de cierta conspiración.

Se trata de que *Neptuno*,
salga montado á caballo
y sin séquito ninguno
se vaya al CAFÉ DEL GALLO.

Que la *Cibeles*, descienda
de su carroza marcial
y por la acera de Hacienda (1)
se vaya al CAFÉ IMPERIAL.

Al general *Espartero*,
le toca al CAFÉ DE ESPAÑA
y al Sr. *Marqués del Duero*,
al CAFÉ DE MALASAÑA.

Velarde, sin alardeos
ni ostentación de su fama
irá al CAFÉ DE CORREOS,
adonde suele ir su ama.

La *Católica Isabel*,
montará en un elefante.

y seguida de *Luzbel*
irá al CAFÉ DE LEVANTE.

A *Cervantes*, le ha tocado,
por estar cerca de Blasa,
marcharse al CAFÉ DEL PRADO,
desde donde vé su casa.

Y á *Calderón*, que vivía
junto al Hotel de Medrano,
le mandan con una arpia
hacia el CAFÉ DE SERRANO.

Después les toca su turno
á *Ruiz* y á los *Carolos*,
los que, junto con *Saturno*
irán al JUEGO DE BOLOS.

Y á una señal convenida
con D. Cristóbal Colón,
lanzará su bienvenida,
cada cual, de sopetón.

Y con letras de albayalde
espondrán en un letrero,
sus quejas contra el alcalde,
contra el ALCALDE PRIMERO.

(1) Ministerio de

TARTARIN.

TEATROS

DEBUTS Y ESTRENOS

MADRID

En el número pasado prometí hablar de la inauguración del teatro *Español*, lo que me toca hacer hoy y verificaré con sumo gusto; para no cansar á mis lectores con mi retórica, voy directamente al grano.

Español.—Al fin abrió sus puertas, este teatro, á su distinguida concurrencia, poniendo en escena el día de la inauguración, la preciosa comedia de capa y espada, del insigne Calderón de la Barca, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, obra conocida de nuestro público, de la que no diré nada; pero sí algo, de su ejecución.

La Sra. Contreras y el Sr. Vico, protagonistas de la obra, inspiradísimos, alcanzan do justos y estrepitosos aplausos durante toda la representación, sobre todo en las dos escenas, del acto primero y tercero, que las ejecutaron como no cabe un *más allá*.

El conjunto, fué bastante bueno, aunque no tanto como era de desear.

Princesa.—En mi próxima revista hablaré del estreno que se debe verificar pasado

mañana, del que tengo las mejores noticias, **Parish.**—La célebre ilusionista Mlle. Dicka que ha debutado esta semana hace que acuda una selecta concurrencia á admirar la limpieza y exactitud con que efectúa sus trabajos.

Hasta otra.

LUCIFER.

Madrid 17 Octubre 1892.

Suplica

Sultana la de ojos negros
la de los dientes de perlas
la de cintura flexible
la de las hermosas trenzas
la de cútis nacarado
la de las pobladas cejas
la del abultado seno
la de frente pura y tersa
la de nariz afilada
y la de orejas pequeñas;
la de labios de coral
la de los dientes de perlas
la de los pies cual piñones
y manos blancas y bellas.
¡Dame por Dios medio duro
pá tomar una jumerá!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

LA GUASA
CAPITALISTAS, por Cilla.



—Desde el viernes que pasó
he comido dos raciones
de callos. ¿y tú?

—Pues yo
ni callos... ¡ni sabañones!



Preso de un hambre cruel
al campo marchóse Merlo
vió un ganso quiso cogerlo...
y resultó el ganso él.

LA GUASA
DIALOGO, M. por González.



—¿Qué es esto?... ¿Otra guantá?
—No, chica, son los primeros fríos.

Amor... puro

¿Que estás celosa dices,
Adela mía,
porque hablé á Sinfoniosa
el otro día?
¡Qué tonta eres!
El hombre ha de ser *fino*
con las mujeres.

—
Por lo demás ya sabes
tú, mi embeleso;
que te quiero, y en prueba...
¿quieres un beso?...
(Lo que es hoy te aseguro
que de aquí no me marchó
sin darme un duro!)

—
Te amo más que Romeo
á su Julieta...
Díme, Adela, ¿me prestas
una peseta?...
¿Me das un duro?
¡Cómo pagarte!... ¿Nunca?...
(Te lo aseguro).

—
Siento al verte una cosa,
Adela mía...
(Un peso en el bolsillo
que no tenía.)

—
¡Si tú supieras
cuánto te amo!... (ni un cuarto
jamás me dieras.)

—
Me tienes aún más frito,
morena ingrata,
que los mismos pimientos
que van en lata;
flaco y enteco...
(Si concluyes los cuartos
te dejo en seco.)

—
Yo amo, niña hechicera,
esos ojuelos,
más que los pajarillos
á sus hijuelos;
pues son mi encanto...
(Lo que estoy ya es cansado
de mentir tanto.)

—
Adios, y ten presente,
rico tesoro,
que ningún hombre adora
cual yo te adoro,
que amarte juro...
(mientras cuando lo pida
me des un duro.)

TIRSO DE MESGARAMO.

INFUNDIOS

Mr. Say, rico escéntrico americano ha hecho construir en Juanajuato un magnífico palacio á 300 piés de elevación. La morada es suntuosa; pues la rodean estensos jardines que recuerdan los de Babilonia, y todo el edificio está sostenido por pilares de hierro. Se sube al palacio por medio de un ascensor y se comunica con la ciudad por teléfono.

Mr. Soulson, otro millonario, dueño de grandes fundiciones en Nueva-York, ha hecho construir, para sí, una casa de metal: las vigas, los cimientos, todo es de acero, cobre y bronce, incluso las puertas y ventanas.

Por último los millonarios de Nueva-York, Boston y Filadelfia, han comprado la isla Jelcyl, empezando á edificar palacios, y en su espíritu esclusivista tienen resuelto que en aquel territorio no pueda domiciliarse nadie que posea menos de un millón de duros.

Lo raro es que á estos escéntricos americanos no se les haya ocurrido como colmo

de *esprit* dedicar sus capitales á la persecución de la prensa festiva y honrada.

A los capitalistas barceloneses les ha dado por ahí.

Y luego dirán que no tenemos inventiva los de acá!

¡Algo se nos tenía que haber pegado del nuevo mundo, á más de los millones!

—
*Un beso tengo en el alma
que no se aparta de mí...*
¡El beso que le di á un duro
cuando en mis manos lo vi.

—
*Cada vez que veo, al cielo
las palomitas volar...*
¡cuánto envidia á los que pueden
palomitas almorzar!

JOSÉ M.^a DOTRES

—
Una señora sorprendió á su hija hablando con el novio en la escalera de su casa, y muy incomodada preguntó á la niña:

—Pero, dime, ¿qué hacía ahí ese hombre?
A lo que la chica contestó muy compungida:

—Me estaba políticamente manifestando su cariño.

¿Y tú no sabes, hija, cómo suelen acabar las manifestaciones políticas?

El ilustre concejal
Don Silvestre de la Horcada
dice que nunca habló mal
claro, ¡si no dijo nada!

LUIS MARAVER Y SERRANO.

Un joven se había arrojado al río con la mejor intención de ahogarse. Afortunadamente llegaron a tiempo de impedir el suicidio y lo llevaron a la prevención. Allí trató de ahorcarse con la corbata, a tiempo que llegó el inspector.

—¿Cómo se entiende—dijo al mozo que le guardaba—vé usted que se cuelga y no lo impide?

—¡Toma! como está mojado, creí que se colgaba para secarse.

Si yo te quiero, morena,
es por tu gracia y tu garbo
y mucho más que por eso

porque me das el tabaco.

A. ESPALLARGAS

En un cementerio viendo subir un ataúd al tercer piso de la vía San José:

—Lo que es ahora ya no diremos que se baja, sino que se sube a la tumba.

Hemos recibido la visita de *El Noticiero Granadino*, *El Motín* y *El Cencerro*, de Madrid, *La Campana Gorda*, de Toledo, y *El Teatro Catalá*, de Barcelona.

Seguiremos el cambio.

CORRESPONDENCIA

J. M^a. S. y M.—Madrid.—Publicaré parte de lo remitido.

S. de P.—La idea me gusta. Si la composición fuese más corta la publicaría.

R. V. D.—Ponterredra.—Publicaré sus cantares más adelante. Son muchísimos los que aguardan turno.

Canuto.—Barcelona.—Publicaré dos.

A. E.—Barcelona.—Irás uno.

T. de M.—Barcelona.—Entra en turno.

Quedan cartas por contestar.

Imp. de P. Ortega, Aribau, 13.

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

Kiosco EL GLOBO de
Don Pedro Alonso

Plaza de Bilbao

VITORIA

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

DON JULIÁN RODRÍGUEZ

corresponsal de LA GUASA

Aucha San Bernardo, 27, bajo

MADRID

Manzana 19

GRAN COCHERIA

de

ANTONIO JAUSET

Teléfono n.º 698.—Paseo de Gracia 17

(BARCELONA) GRACIA

ELIXIR RIOLA

Este maravilloso Elixir es el único y radical remedio que cura pronto y con rapidez el escorbuto, úlceras (llagas), de la boca y la piel, grietas (talls) de los pechos, hemorragia é inflamación de las encías, fortificándolas y evitando la oscilación de los dientes. Basta consumir uno ó dos frascos de este Elixir para alcanzar la completa curación.—Único depósito en Barcelona, calle Fuente San Miguel, 2, Farmacia de Carreras.—Véndese en todas las farmacias.

LA GUASA
TEATRO MODERNO, por *Mecachis*.



LA TEMPESTAD

LA GUASA

PERIODICO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

en el que colaboran

NUESTROS MEJORES ESCRITORES
Y DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

2 PESETAS TRIMESTRE

Número suelto, 10 céntimos

Número atrasado, 20 céntimos

REDACCION y ADMINISTRACION: Rosellón, 80, 1.º, 2.º,
(Gracia) Barcelona, (donde se dirigirá toda la correspondencia).